

JUAN ANTONIO FIERRO CUBIELLA: *Historia de la ciudad de Cádiz*, Cádiz, 1993; 308 págs.

Conocido es el apogeo de los estudios históricos que sobre la mayoría de las ciudades y pueblos se ha producido en España desde la restauración de la democracia en 1978. No es una excepción Cádiz, la conocida como ciudad más antigua de Occidente, cuya historia ha sido objeto de estudio por parte de Juan Antonio Fierro Cubiella, quien ha publicado ya varios libros sobre la ciudad y la región, y varios artículos sobre su historia, su arqueología o su arte.

En esta ocasión su interés se ha fijado en una descripción general de su historia, desde sus orígenes fenicios hasta los años sesenta de nuestro siglo, de forma que en cinco capítulos, coincidentes con las distintas etapas (Prehistoria, Antigüedad, Medioevo, Modernidad y Contemporaneidad) se describen sucintamente los acontecimientos más destacados que tuvieron lugar en la zona. Culmina el libro un sexto capítulo en el que se describen los escudos y pendón de la ciudad, su historia y las leyendas que los acompañan.

Nos interesa destacar los dos primeros capítulos por la perspectiva filológica que la Historia de Cádiz tiene y es que, como dice el autor en su Introducción, «Lo verdaderamente importante era estar dentro de las rutas marítimas de interés del momento [...] En la Antigüedad Clásica [la ciudad estaba] localizada en el *fin del mundo* conocido, en el océano tenebroso: objetivo y punto de contacto entre Oriente y Occidente a través de los colonos fenicios». Con el descubrimiento de América Cádiz fue lugar de partida y llegada de la flota de Indias, lo que la convir-

tió en centro de intercambio, comercio y lugar de encuentro de culturas. El límite entre mundos, primero entre el propio mar y la tierra o entre el Valle del Guadalete y la Bahía, luego entre continentes, Europa, África y América, hacen de la Historia de Cádiz un punto clave en la Historia Universal. Añadamos a los datos del autor que antes del descubrimiento de América la Bahía de Cádiz había tenido una importancia decisiva en la exploración y conquista de las Islas Canarias a partir de finales del s. XIII con unas primeras incursiones poco organizadas, hasta que en 1402 se inicia la expedición de Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle. El autor dedica unas líneas a estas expediciones que zarpaban de y, en su caso, regresaban a la Bahía de Cádiz (Cádiz ciudad, Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda) en el Capítulo Cuarto, cuando tal vez habría quedado mejor situada en el anterior, dado que cronológicamente es en los dos últimos siglos medievales cuando las incursiones en Berbería y en la costa occidental africana permiten redescubrir las islas atlánticas de la Maurisía de la que habían hablado Estrabón y San Isidoro entre otros.

Más del Capítulo Primero interesa destacar las últimas aportaciones hechas por las excavaciones arqueológicas de los años 1983 a 1992 (posteriores a las interesantes de Mata Serrano de 1969) en las dos zonas en las que actualmente se divide la ciudad, intra y extramuros, constatándose la presencia de indígenas prefenicios en diversos puntos de lo que entonces debió ser archipiélago gaditano, población autóctona que posiblemente se encontraba en una etapa de desarrollo enmarcable en el Bronce Final y cuya actividad principal debía ser la pesca y el marisqueo, de acuerdo con las conclusiones de A. Caro Bellido (1990).

El Capítulo Segundo es dedicado a la Antigüedad, distinguiéndose dos claras etapas, la fenicia y púnica de un lado, en la que habría que incluir la estrecha relación que la colonia gaditana mantiene con los focenses y el influjo que la cultura griega imprime en la vida de sus habitantes, hasta el punto de que se produce la asimilación de Melqart y Heraklés y posteriormente la influencia debió ser tal que Filóstrato afirmará que los gaditanos apreciaban muy especialmente a los atenienses y celebraban sacrificios en honor de Menesteo, Temístocles y Alejandro. Tal influencia se sitúa a partir de la mitad del s. VI a.C. De otro lado, una segunda etapa sería la representada por los romanos, a partir de finales del s. III a.C., cuando la ciudad firma un *foedus* con el lugarteniente de Escipión, Septimio Marcio, que permite conservar costumbres e instituciones de la etapa anterior. Las citas de textos griegos y latinos y la enumeración de nuevas e interesantes aportaciones arqueológicas, como son las

del teatro, anfiteatro (localizado pero no excavado) y canal, son indicios del gran avance que las últimas investigaciones han supuesto en la Historia de esta ciudad. Hemos de destacar también las hipótesis presentadas por el autor respecto a la posible ubicación de los templos y santuarios de la ciudad y la distribución de cada una de las islas que constituían el entonces archipiélago de la Bahía de Cádiz.

El estudio reseñado ha sido completado posteriormente por el autor con otras publicaciones como *Gadir: la historia de un mito* (Cádiz, 1995), o el artículo «La Catedral Vieja de Cádiz: un enigma histórico-arqueológico» en *Anales de la Universidad de Cádiz*, IX-X (1992-3), en donde se apuntan varias hipótesis acerca de la ubicación de algunos edificios antiguos. Añadamos que la amplia bibliografía consultada es garantía de la erudición que este estudio manifiesta.

*Luis Miguel Pino Campos*